

SCHOPENHAUER, Arthur (2013)

*El arte de sobrevivir*

Barcelona: Herder, 144 p.

ISBN 978-84-254-2781-7

Editado por Ernst Ziegler, el tratado schopenhaueriano *El arte de sobrevivir* se presenta con un capítulo inicial que, procedente del primer volumen de *Parerga y Paralipómena*, «Sobre las diferencias entre las distintas edades de la vida», nos abrirá camino hacia una tenebrosa y serena antología formada por citas y aforismos originales del *corpus philosophicus* del autor. Ensombrecidos por la voluntad en un mundo lagrimal de impotencia, Schopenhauer plasma los aspectos más relevantes de la angustiada lucha entre el ser humano y su propia naturaleza.

Tal y como menciona el propio autor, «la vida, no es para saborearla, sino para soportarla y aliviarla»<sup>1</sup>, cita que inspira a imaginar la tormentosa vida del mismo autor como un pasaje lleno de miedos, un caminar de ánimo siniestro y desconfiado. Sin embargo, en un estado recíproco de entusiasmo intelectual entre Schopenhauer y su hermana Adele, los cuales comparten publicaciones y críticas de sus propios tratados, como *Sobre la voluntad de la naturaleza* y *Sobre la libertad de la naturaleza* (premiado por la Real Sociedad Noruega de las Ciencias en 1839), el autor goza de un ligero reconocimiento<sup>2</sup> entre los entendidos, además de un mayor aprecio, valor y mérito pasional procedente de su hermana.

Reflejado en el presente opúsculo, Schopenhauer expone el «carácter práctico» de todo su legado filosófico, una *praxis* para superar, desde un reconfor-

tante pesimismo, todas las cuestiones que conciernen a la supervivencia del ser humano como un arte; desde el nacimiento del individuo hasta el momento catártico de la vida, su muerte. La antología de nuestro autor inicia la reflexión desde la definición, objetivo, duración y ajetreo de la vida hasta el curso y apego del ser humano hacia la misma. La vida es definida como el estado de un cuerpo que, pese al constante cambio material que sufre, mantiene su forma sustancial y esencia; un constante cambio de forma en la materia que determina el carácter percedero del individuo y el carácter impercedero de la especie: la idea, donde la voluntad de vivir se manifiesta. Como una inagotable tormenta donde sus gotas se encuentran en un cambio constante durante su caída, la especie o idea se encuentra inafectada por la incertidumbre que viven sus particulares. La idea es aquello que, de manera inalterable, compone metafísicamente al ser humano como especie, mientras que el cuerpo, de manera alterable, lo compone físicamente como individuo. De tal manera, la fuerza vital del ser humano solamente está sujeta a la procreación y a la muerte. Por ende, la vida se presenta como «un episodio inútil y molesto en la bienaventurada calma de la Nada»<sup>3</sup>, la vida es un préstamo de la muerte que, a fin de cuentas, acabamos pagando muy caro.

Durante la infancia, el ser humano solidifica los fundamentos sobre la con-

1. Arthur SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 11.
2. Tras la publicación de «Los problemas fundamentales de la ética» en el *Anuario alemán sobre problemas de la ciencia y el arte*, en 1841, una reseña de Friedrich Wilhelm ataca duramente al carácter áspero y arisco de la obra del autor, lo que provoca una leve significativa confusión en su «merecido reconocimiento», tal y como menciona Schopenhauer.
3. Arthur SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 60.

cepción del mundo en función de su superficialidad y profundidad, con la cual se desarrollará con el tiempo sin cambiar en lo esencial. Mientras somos jóvenes, motivados por nuestro *sensorium*, es decir nuestra capacidad perceptiva, disfrutamos de la vida como algo infinito y variopinto; sin embargo, conforme nos hacemos mayores nuestra visión se distorsiona y economizamos más prudentemente nuestro tiempo. Para el joven, la vida se presenta como una historia interminable donde este se expone eufórico y delirante, lanza versos de deseo al viento cual poeta y se embriaga de sus propios delirios, en tanto que para el anciano, abatido y abandonado, la vida es un paseo corto, breve e incluso molesto. El periodo más enérgico de un individuo va desde la juventud hasta el trigésimo quinto año de vida, cuando emprende su segunda etapa y empieza a declinar, por lo que, contemplado desde su vejez, reconoce la vida en su totalidad y vacuidad<sup>4</sup>. Por otro lado, Schopenhauer elogia a la vejez con atributos como la libertad o la vanidad, ya que solamente en este segundo y último período es cuando uno mismo es consciente de su liberación personal con el mundo y, por otro lado, ha vivido suficiente como para obtener respuesta para el sentido de las cosas y el valor de los placeres. De este modo, ha agudizado el sentido del juicio y ha adoptado una conducta horaciana *nihil admirari*<sup>5</sup>, no sorprenderse de nada, todo es vanidad. Por consiguiente, el anciano se encuentra en un estado de calma con el cual se retira de todas las bufonadas del

mundo, el desengaño se apodera de su ser y desaparecen todas las ilusiones que hasta ahora embellecían la vida.

Alejados de poder hallar el objetivo de la vida en las virtudes morales, ya sea en la justicia, en el amor al prójimo o, tal y como postulan otros muchos filósofos como Aristóteles, autor clásico como referencia principal del autor, en la felicidad como *thelos*<sup>6</sup> de toda actividad humana; Schopenhauer describe nuestro deber como una corrección existencial. Ya no deseamos nada, pues nuestro afán de vivir se ha desvanecido y debemos apartarnos de nuestro error originario, el error de existir. Frente a tal equivocación, el individuo se prepara para su *pa-lingenesia*, su renacimiento como resolución de un *praeludium*, toda una vida basada en una preparación para este instante, su muerte. Tal nebulosidad se presenta en el último suspiro como síntesis total de la vida, como aquello salvífico en la separación entre el hombre y la voluntad de vivir. Por consiguiente, la única panacea a la que el ser humano puede aspirar es a una «buena muerte», a la eutanasia<sup>7</sup>.

Lo único a lo que el ser humano puede inclinarse durante el curso de su vida es al momento presente, el cual se encuentra vinculado a su individualidad, la única forma de la voluntad. Tal y como Aristóteles fundamenta el significado de la *phronesis*<sup>8</sup>, la prudencia como modo de ser racional y práctico fundamentado por la moderación, Schopenhauer la atribuye esencialmente a la correcta proporción de dedicación entre

4. ARTHUR SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 43.
5. Contrariamente al pensamiento de Platón, el cual postula, en el *Teeteto* (155d), la «admiración» como el inicio para la filosofía.
6. ARISTÓTELES (2010), *Ética a Nicómaco, libro I*, Madrid, Gredos.
7. Schopenhauer define la eutanasia como una muerte natural y sin enfermedades. La vida de un hombre dura hasta los 90-100 años, tal y como el mismo autor define en el capítulo «La duración de la vida», y toda enfermedad en la persona resulta una anomalía que convierte el fin en algo no natural.
8. ARISTÓTELES (2010), *Ética a Nicómaco, libro VI*, Madrid, Gredos.

nuestro momento presente y futuro, la atención correctamente racionada de nuestro ser en función de nuestra preocupación por ello. Los individuos que se rinden por completo al momento presente relucen de despreocupación; sin embargo, los hombres que viven solamente en vistas al futuro, en un estado de vida *ad interim*, de manera provisional y constante, se despreocupan de su existencia única a causa de su tormentoso carácter asustadizo y de desmesurada preocupación. Con tal diferencia, el momento presente es entendido como algo efímero y pasajero, mientras que la concepción del tiempo y la diferencia entre pasado, presente y futuro, como algo aparente e insignificante. El sabio, en este punto de comprensión, debe escoger entre aceptar o no la idea platónica sobre la totalidad de la vida; pues lo único significativo es su elección.

A pesar de las penas que atormentan al ser humano, las cuales se mantienen en un perpetuo estado de movimiento, no se logra disfrazar la insuficiencia de la vida para llegar a embriagar al espíritu del ser humano. Si las pasiones nos hicieran felices denominaríamos la etapa juvenil como la etapa feliz, mientras que la de la vejez correspondería a la etapa triste. Sin embargo, tal y como Platón plasma en *La República*, la vejez representa la etapa feliz del hombre, ya que este se libra de los impulsos sexuales y se halla en un estado de calma y sosiego. Cada placer resulta relativo al corresponder a una mera satisfacción, al enmudecimiento de una necesidad y, por lo tanto, nuestro autor afirma que las necesidades principales de la vejez son la comodidad y la seguridad. El anciano ya no necesita investigar, viajar y aprender, sino enseñar y hablar.

La satisfacción no es una felicidad genuina que llega a nosotros por sí misma sino que corresponde a un deseo en concreto, a una carencia o a un dolor que nos es dado de manera inmediata. Contrariamente al deseo, la satisfacción

la conocemos únicamente de manera mediata; el dolor se disipa satisfaciendo al individuo que se rinde a la voluntad de vivir y a los deseos que le genera. Solamente en el estado carente de deseos es cuando logramos percibir el valor del dolor y, en el sucesivo intervalo de estímulos y deseos, es cuando el ser humano encontrará un término medio en su grado de repeticiones; una moderación en el ciclo entre dolor y deseo para conseguir y mantener una vida cómoda. El goce de la belleza, la verdadera alegría y emoción del arte, requiere una disposición singular de la sensibilidad humana, una potencia intelectual que, con creces, se da en la menor parte de la humanidad; mientras unos están remitidos al «querer», casi incapaces de cambiar tal conducta, otros buscan el goce que reside en el puro conocimiento; contemplar la vida desde el exterior cual espectadores de un palco contemplando la obra de su ser.

Lo que enturbia y entristece, hasta convertir en decrepita la primera mitad de la vida, es la búsqueda de la felicidad. El individuo optimista está convencido de ser merecedor de esta con el único beneplácito de la simple esperanza, aquellas engañosas imágenes que conducen a la decepción, pues cree tener, por derecho legítimo y gratuito, un acceso irrefutable a la total felicidad y placer. Si en la primera mitad de la vida se vive con tal absurda convicción, la segunda mitad consiste en el miedo a la desgracia y a la finitud; el anciano concibe la felicidad como una quimera, mientras que el sufrimiento es completamente real, ya no falta nada nuevo por hallar y descubrir, tan solo concluir nuestro contrato con la muerte. Resulta arriesgado afirmar que la finalidad del ser humano es tropezar con la felicidad, ya que esta no es algo innato, pues no somos más que voluntad de vivir, la cual resulta ser un afán carente de objetivo y fin. Por consiguiente, Schopenhauer califica toda felicidad como negativa, ya que esta vincula al in-

dividuo con los placeres y rechaza el dolor, aquello que escapa de lo onírico y se presenta en él como realidad única y suprema; el sufrimiento en plena presencia. Aun así, la vida de un individuo contemplada desde la generalidad puede interpretarse como una tragedia; no obstante, contemplada desde los detalles puede verse como una comedia; no es más que una serie sucesiva de esperanzas abortadas, errores irreparables, proyectos hundidos con temores y deseos inalcanzables; «la vida puede considerarse un sueño y la muerte, el acto de despertar»<sup>9</sup>. De esta manera, el pesimismo del autor que nos concierne culmina al autoafirmarse como la correcta concepción del mundo: la vida es una especie de equivocación que mejor sería que no existiera.

Solo quien vive consciente de su oscuro letargo consigue la capacidad de contemplar con mirada indiferente la aproximación de la muerte, considerada un simple espejismo o fantasma que solamente asusta a los débiles. El único aliciente para armar al ser humano de paciencia y coraje es la concepción del termino *samsara*<sup>10</sup>, que Schopenhauer hereda del budismo, el cual denota que el mundo, en tanto que se completa con el nacimiento, la enfermedad, el envejecimiento y la muerte, es un mundo que no debería ser. La vida no tiene ningún contenido verdadero y su insipidez nos reduce a contemplar, como único interés, el carácter evolutivo del conocimiento de uno mismo y la riqueza que ofrece un simple día para el siguiente; la consciencia de ser cultivado día tras día a pesar de las angustias y tormentas que recibe nuestro ser. Todo sentido que puede pa-

recer significativo resulta ser onírico e ilusorio, y su único objetivo es enmascarar el vacío existencial de la vida. Tal sufrimiento representa, en el conjunto de la existencia humana, el rasgo más significativo y determinante de la misma, el proceso hacia la *catarsis* final y la purificación última; el individuo es salvado por ser consciente de su inapelable muerte.

El ser humano es miserable y está profundamente condenado a ello, vive en un averno donde su peor enemigo es él mismo. No obstante, este puede aceptar la idea y moderar su ciclo de necesidades fundadas por el dolor y el placer, o no hacerlo; solamente él es dueño de sí mismo y tripula su vida en función de su momento presente y su moderación. El modo de proceder de los demás seres humanos se fundamenta en la crueldad y la injusticia, siguiendo infinitos modos de atentar y desconsiderarse entre estos, como el esclavismo o la explotación laboral, entre tantísimos otros ejemplos. Sin embargo, Schopenhauer describe la única felicidad a la que podemos aspirar como una felicidad que, fundada en la salud y la alegría<sup>11</sup>, es relativa y moderada. La felicidad en su totalidad es una ilusión, un sueño y, tal y como se ha mencionado anteriormente, nuestra vida es aquello que, preferiblemente, sería mejor que no existiera.

De un modo concluyente, Schopenhauer cita a Aristóteles para considerar la vida intelectual la vida más feliz<sup>12</sup>, el sabio concibe cada día como un día nuevo, una nueva vida donde luchar con pleno entendimiento de lo que la mayoría de individuos solamente comprenden a la hora de su expiración; la muerte

9. ARTHUR SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 105.

10. Término de la antigua filosofía budista que hace referencia al ciclo de nacimiento, vida, muerte y encarnación.

11. ARTHUR SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 67: «Al menos nueve décimos de nuestra felicidad se basan únicamente en la salud. Porque de ésta depende en primer lugar el buen humor».

12. ARISTÓTELES (2010), *Ética a Nicómaco, libro X*, Madrid, Gredos.

como objetivo de la vida. Esta se nos presenta de forma tormentosa y todos los medios para evitar la potencia de la voluntad de vivir no son más que inevitables y tristes intentos; solamente nos queda esperar nuestro salvífico naufragio,

la última expresión de uno mismo avanzando hacia la calidez de las aguas. La vida, por ende, no representa más que una muerte suspendida en un doloroso y agotado letargo; la afligida y esperada salvación del ser humano.

*Joan Enric Campà i Molist*

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.652>



SCHOPENHAUER, Arthur (2013)

*Sobre la visión y los colores: Seguido de la correspondencia con Johann Wolfgang Goethe*

Madrid: Trotta, 160 p.

ISBN 978-84-9879-350-5

Suele acusarse a la tradición filosófica de haber tratado continuamente de dar cuenta de la realidad empírica sin la realidad empírica, pero este aserto es difícil imputárselo a Schopenhauer, que acude constantemente a los resultados de las ciencias naturales para poner a prueba su exégesis de la experiencia (*Sobre la voluntad en la naturaleza*, por ejemplo, está consagrada única y exclusivamente a este propósito). Su gnoseología y su metafísica de la *voluntad de vivir* se apoyan considerablemente en un profundo estudio de la ciencia de su época, especialmente en lo que atañe a la centralidad del cuerpo en su pensamiento, de la fisiología: por un lado, como objeto inmediato de la representación, por otro, como clave para descifrar el enigma del mundo. De hecho, ya en *Sobre el principio de razón suficiente* echa mano, para su argumentario, de la fisiología de las sensaciones.

Pero de no ser por la profunda admiración que el joven Schopenhauer sentía hacia Goethe, su relación con la fisiología no hubiese pasado de ser objeto de estudio para la reflexión filosófica. Bajo su

influencia, y con un interés gnoseológico, Schopenhauer se dedicó, de noviembre de 1813 a mayo de 1814, a realizar experimentos de óptica junto a Goethe en Weimar. Este tratado es el resultado de su incursión en la investigación científica. La fisiología ya no es aquí solamente objeto de reflexión, sino que resulta el corazón mismo del escrito. Por Goethe, interrumpirá el proyecto filosófico de *El mundo como voluntad y representación*, incluso en las semanas de la redacción del tratado, un año después de su estancia en Weimar. Sin embargo, este encuentro con el poeta será también un desencuentro: Schopenhauer pone en cuestión la concepción de los colores como pasiones de la luz. Esa discrepancia fundamental definirá la difícil relación, y posterior distanciamiento, entre ambas figuras.

Para Schopenhauer, que sostiene la idealidad trascendental de la realidad empírica, la fórmula «fenómeno originario», con la que Goethe trata de zafarse de la subjetividad del color, es propia de un realismo ingenuo, se trata al color como mera *qualitas occulta*. La luz existe en